

CONTENIDO

CAPÍTULO 17

INDICE GENERAL

CAPÍTULO 16

CONFERENCIA DEL 30 DE DICIEMBRE DE 1909

- | | | |
|----|--------------------------------------|-----|
| 1. | Discurso del Sr. Camilo E. De Alvear | 463 |
| 2. | Discurso del Dr. Juan M. Garro | 464 |
| 3. | Discurso del Dr. Abel Bengolea | 474 |
| 4. | Discurso del Dr. Tomás R. Anchorena | 481 |

2° PARTE

CAPÍTULO XVII

CONFERENCIA POLÍTICA

EN EL TEATRO COLISEO

EL 30 DE DICIEMBRE DE 1909, ORGANIZADA POR EL COMITÉ
DE LA SECCIÓN ELECTORAL 20

DISCURSO DEL SEÑOR CAMILO E. DE ALVEAR

Señores :

La Parroquia del Socorro, sección electoral 20, ha resuelto exteriorizar por medio de esta Conferencia su adhesión á las candidaturas de los doctores Roque Sáenz Peña y Victorino de la Plaza, para Presidente y Vice de la República.

La Junta Ejecutiva ha designado los oradores que han de hacer uso de la palabra en este acto.

Señores: por mi parte puedo aseguraros que si hemos de triunfar por la calidad de las personas independientes que componen nuestra fuerza en esta parroquia, nuestro triunfo está asegurado, pero es el caso que yo afirmo solemnemente que nuestro triunfo será abrumador por la calidad y la cantidad de los sufragantes en los próximos comicios.

Señores:

En nombre de la Junta Ejecutiva que tengo el honor de presidir declaro abierta esta conferencia.

DISCURSO DEL DOCTOR JUAN M. GARRO

Señor Presidente del Comité de la Capital.

Señor Presidente del Comité de la Circunscripción 20.

Señores:

Realizamos en este acto obra de proselitismo político á la vez que de acción cívica. Nos ha congregado el designio de propiciar el sentimiento y la opinión de este gran centro de actividad y cultura para la fórmula presidencial que sostiene la Unión Nacional,

pero nuestra presencia en este sitio afirma el convencimiento que tenemos de que los pueblos no deben prescindir de la intervención que les incumbe en la dirección de los asuntos públicos.

Gobiernos como el nuestro, basados en la voluntad popular, han menester de su influjo, perenne y vigilante, para conservar la virtud de su origen, ser fieles á su misión y no degenerar en instrumentos de corrupción y rapacidad, cuando no de tiranía y opresión. Triste espectáculo el de una sociedad donde la opinión, por egoísmo, cansancio ó excepticismo, se desentiende de los problemas que afectan su vida institucional. Tal retraimiento, funesto aún en los países monárquicos, es un verdadero suicidio en aquellos que tienen escrito en sus códigos políticos, ó se ufanan de ello, el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

Los desbordes mismos de las pasiones enardecidas con su cortejo de enconos, desórdenes y violencias, son preferibles al mutismo y la inacción, cuando llevan el sello de la altivez cívica y ábreles cauce el sentimiento del patriotismo. Lo primero es indicio de libertad ó de amor á la libertad; en tanto que lo segundo es síntoma de abyección y servilismo. Lo uno puede conducir á las naciones á su prosperidad y engrandecimiento; lo otro sólo á su decrepitud y su muerte.

Bien venidas entonces las manifestaciones de civis-

mo que en diversas formas vemos realizarse en esta capital. Bien venidos los despliegues de fuerzas y las arengas tribunicias con que los políticos militantes buscan acreditar su importancia, cohesión y disciplina. Bien venido este resurgimiento de vida pública y de lucha popular. No necesitamos saber cuál será el desenlace de la contienda que remueve con estrépito la arena política para congratularnos de ello, porque sobre el triunfo de los partidos está el lustre de la patria á la cual el espectáculo enaltece y dignifica, y no exceptúo del aplauso á los que se mantienen en el terreno de la protesta airada. También ellos son voluntad, pensamiento y acción, tanto más respetables cuanto más sinceros y persistentes, pues todas las energías sociales concurren á elaborar la felicidad de los pueblos y gravitan en sus destinos.

Señores: La Unión Nacional está de lleno en este movimiento de vida democrática; inició su propaganda en hora oportuna, alta la vista y exenta de menzugas codicias; levantó un nombre prestigioso como símbolo de sus aspiraciones; recibióle con júbilo al volver al país tras prolongada ausencia en servicio público; ensanchó sus filas con adherentes de toda la República embanderados en todas las agrupaciones opositoras y en las gobernantes; y no ha mucho integró con un ciudadano de larga experiencia en los negocios públicos la fórmula presidencial que ha de sostener en los comicios de Marzo.

Y como no teme confesar sus designios y quiere antes bien entregarlos al fallo de la opinión, busca oportunidades como la presente para hacerse oír ante su augusto é inapelable tribunal. Viene esta conferencia después de varias otras celebradas en la Opera, en el San Martín y en el teatro de la Avenida, pero actos semejantes son siempre útiles y aún necesarios en momentos de agitación electoral, porque no falta qué agregar á lo ya dicho y porque es conveniente la pública reiteración de los propósitos que orientan nuestro pensamiento y nuestra acción.

Señores: En asunto de política no debemos depositar nuestra confianza en los hombres por meritorios que sean sino en las ideas y principios. A estos y no á aquellos debe vincularse la suerte de los pueblos como quiera que los unos pasan á desmedrar y los otros son constantes é inmutables. Pero siendo la política ciencia eminentemente práctica y estando ordenada al perfeccionamiento de la sociedad, necesita de hombres superiores que la interpreten y apliquen.

La dignidad y la altivez nos vedan ofrendar en los altares de los ídolos políticos, mas no el que pongamos nuestra fe en personas que por su conducta en la vida pública han alcanzado el privilegio de inspirarle.

Es nuestro caso con el doctor Sáenz Peña. Nos hemos unido para levantar su candidatura á la presidencia de la República ciudadanos venidos de todos

los puntos del horizonte político, porque reconocemos en él un hombre de vasta inteligencia, de sólida preparación para las funciones del poder, de entereza de carácter, de aquilatada probidad y gran elevación moral; y porque estas cualidades responden del cumplimiento de las promesas consignadas en su programa. He ahí el secreto de su popularidad: he ahí la razón de que converjan á él elementos que han militado en campos opuestos, de todas las esferas sociales; personajes consulares alejados hasta ayer de la escena política, y jóvenes henchidos de esperanzas y desbordantes de entusiasmo que hacen recién su aparición en ella.

Que los partidos gobernantes y los que husmean el éxito engruesen el séquito y amengüen su importancia, pregonan con insistencia la propaganda adversa. Se olvida que en las campañas políticas no es dable fijar á los adherentes determinada talla física ó moral, ni mucho menos escrutar intenciones. Se dice á dónde se va y qué es lo que se quiere, pero no se pregunta de dónde vienen á los que acuden al llamado, porque en la acción democrática alternanse los aciertos y los errores y los primeros redimen los segundos.

Aunque la opinión no sea unánime en favor de nuestra fórmula (y librenos Dios de unanimidades de trisísima recordación), es indudable que está de su lado la inmensa mayoría, como lo testifican las adhesio-

nes de que ha sido y continúa siendo objeto. ¿Las hay interesadas, faltas de sinceridad ó encubridoras de fines inconfesables? Sea; pero aparte de que ellas importan un homenaje á la opinión por el solo hecho de simularle culto, no alcanzan á desnaturalizar el movimiento en lo que tiene de expansivo, impersonal y bien intencionado.

En frente de la Unión Nacional hállase la Unión Cívica, enhiesta la bandera y demandando el auspicio popular, con acentos apasionados y vibrantes para su programa y su candidato. No caeré en la inconveniencia de decir si los que la forman son pocos ó muchos, los mejores ó los peores. Observaré sí, que entre ellos no es escaso el número de los que hasta ayer fueron servidores calificados de un régimen execrable. ¿Empequeñece esto la personalidad del meritísimo ciudadano cuyo nombre prestigia y recomienda como digno de regir los destinos de la Nación? ¿Desmerecen por ello los actos cívicos con que se procura atraerle opinión? Huelga la respuesta.

Reconozcámoslo, señores, ya que ello es tonificante y grato al sentimiento nacional. Asistimos á una lucha en la que se disputan el triunfo dos contendores dignos de ceñir la banda presidencial. Las urnas hablarán bien pronto y pronunciarán su veredicto. Pero podemos desde ya afirmar que la razón pública ha dado un gran paso en las vías del progreso institucional volviendo la espalda á las medianías y á los

profesionales de la política y fijando su elección para candidatos á la primera magistratura en ciudadanos con títulos á sus favores.

En cuanto á nosotros, serios son los deberes contraídos al proclamar la fórmula Sáenz Peña - de la Plaza. Al hacerlo nos hemos impuesto el compromiso de trabajar afanosamente para que obtengan el triunfo en las urnas de Marzo, mas no por las artes del fraude ó la violencia, sino por el voto consciente y libre de los electores. Y esos trabajos para que el éxito sea completo deben encaminarse también á la elección de representantes del pueblo en el Congreso, que es la otra faz importante de la contienda en que el país está empeñado.

Pero hay algo más, señores: algo que debe preocuparnos tanto como el triunfo de nuestra fórmula presidencial. El doctor Sáenz Peña lo ha dicho en su magistral discurso programa, aludiendo á la conjunción de voluntades que aclaman su nombre: "Si, pues, he de llegar hasta esta cumbre que me señaláis, que es región batida por todos los vientos, no será como exponente de ningún partido sino como resultado de la aspiración vibrante de esta gran asamblea. Y son estas aspiraciones colectivas las que formarán, espero, un organismo gobernante, porque si hacéis triunfar un candidato, no será seguramente para dejar derrotar á un presidente".

Y bien: respondiendo á esta alta previsión, los que

iniciaran el movimiento en favor del ilustre repúblico han echado las bases de la Unión Nacional, nombre que cuadra á la comunidad de miras que la informan y traducen con fidelidad, me parece, las exigencias de la política en la hora actual. Démosla entonces lo que reclama, apresuremos la liquidación de los viejos partidos cuyos miembros mutilados y dispersos nada ni nadie es capaz de articular y volver á la vida; despejemos el terreno y ensayemos con la Unión Nacional la creación de un partido orgánico y permanente que gobierne con su programa en bien de todos cuando esté en el poder y fuera de él sirva de contrapeso al que lo desaloja.

Si el movimiento de opinión producido en torno de la candidatura del doctor Sáenz Peña hubiera sido obra de los partidos, á ellos les correspondería de derecho entenderse y concertar sus fuerzas para la lucha electoral y sus ulterioridades. Es bien notorio, empero, que se ha iniciado y desenvuelto sin carácter partidista, como actor espontáneo de la voluntad nacional, aunque hombres de diversos partidos y muchos alejados de los mismos hayan coincidido en el designio y prestádole su concurso. Lo sabía el doctor Sáenz Peña, y por eso se presentó desde el primer momento la necesidad de coordinar para una acción permanente los elementos que el prestigio de su nombre había tenido la virtud de aproximar y confundir.

La tarea es inexcusable, señores, y debe abordarse

sola, sin dilación y con lealtad. El primer paso está dado. Lo que falta es perseverar y llevarla adelante hasta su terminación. Gran triunfo será el nuestro si logramos que nuestra fórmula prevalezca en los comicios; pero triunfaremos doblemente si á la vez fundáramos un organismo político de robusta compleción, durable, activo, vigilante, con capacidad para influir eficazmente en la suerte de la Nación.

Son una necesidad los partidos en el Gobierno de los pueblos; y nosotros, que hemos adoptado el sistema representativo republicano, no acertaremos á hacerlo práctico mientras no los tengamos genuinos y verdaderos, es decir, como organismo con savia de opinión, de vida perdurable, propósitos definidos y principios estables. Gobernar sin partido ó sobre los partidos como alguna vez se ha intentado entre nosotros, es error de funestas consecuencias; un gobierno semejante ó es juguete de las facciones ó degenera en tiranía. El extremo opuesto de gobernar con todos los partidos es igualmente pernicioso, porque no quedaría opinión eficaz para controlar los actos del poder.

Esto no excluye ciertamente las coaliciones de partidos políticos determinados. Tales arbitrios son convenientes y aun necesarios para el bien del país en muchos casos; pero convertidos en regla permanente, traería á la larga ó á la corta la fragmentación y aniquilamiento de aquéllos.

Los partidos no se forman con la sola mira de propagar ideas y principios. Entra en sus propósitos el hacerlo; pero su objeto primordial es aplicarlos en el gobierno por medio de sus hombres dirigentes cuando consiguen llevarlos al poder. Esta es la razón; por eso y para eso se constituyen.

Señores: Perdonadme que ocupe vuestra atención con cosas demasiado sabidas. Aunque lo sean, considero oportuno repetirlas ya que os he traído el recuerdo del voto formulado en ocasión solemne por nuestro candidato, y ya que es de altísima previsión cumplirlo apresurando la organización de la Unión Nacional. Si llega á esa cumbre “batida por todos los vientos” donde queremos verle, ella colaborará en la realización de su hermoso programa de gobierno; si queda en el llano, él y nosotros nos cobijaremos bajo su bandera y á su sombra trabajaremos leal y honradamente por la felicidad de la patria.

Demos nuestros entusiasmos y nuestras energías á las luchas del comicio; pero no olvidemos que la obra en que estamos comprometidos es para hoy y para mañana; porque si ambicionamos el triunfo del candidato, no podemos dejar de ambicionar el éxito de la presidencia, que él habrá de poner en sus manos. Relevantes son sus aptitudes.

Yo tengo gran fe en ellas y creo, como otros creen, que será un presidente del Centenario. Para los gobiernos democráticos, si han de ser fecundos, es indis-

pensable la acción de presencia de la opinión por medio de los partidos que la representan. Démonos prisa entonces á completar la organización del que, llegado el caso, ha de acompañarle en la gestión de la causa pública y compartir con él aciertos y responsabilidades.

DISCURSO DEL DOCTOR ABEL BENGOLEA

Señores :

En este teatro celebraron nuestros adversarios políticos su primera asamblea de propaganda. Con frase sonora y ademán airado nos denunciaron al país como usurpadores del voto público; oficialistas incondicionales, no queremos otra cosa que medrar con los puestos públicos; sin ideales patrióticos, sólo buscamos la satisfacción de estrechas ambiciones. Esta misma hermosa literatura se ha reproducido en todas las otras reuniones de los galantes adversarios, y sospecho que esperan en breve plazo nuestro exterminio por las masas populares, como castigo ejemplar que salve las generaciones venideras.

Nosotros no hemos de aprovechar este momento para imitarlos, sembrando alarmas y divulgando ame-

nazas contra la paz pública, ni hemos de recurrir al arsenal de términos hirientes y depresivos para devolvérselos al rostro. Las colectividades como los individuos tienen su temperamento. El nuestro nos incita á la reflexión serena y ordenada á los problemas políticos, y en este terreno aceptamos el debate, porque estamos preparados á afrontarlo con las energías que desarrolla la convicción sincera y con la satisfacción profunda que se experimenta cuando se sirve á la patria.

Dejemos, pues, de lado las imputaciones personales, el terreno de la diatriba, que nunca lleva al ánimo popular (principal interesado en el asunto) la confianza y seguridades que reclaman á los hombres públicos los grandes intereses nacionales. Hagámonos cargo de los ataques que se infieren al origen de la candidatura del doctor Sáenz Peña, á la tendencia que representa, á las declaraciones de su programa de gobierno y á los elementos orgánicos que la prestigian, y que, no lo dudéis, lo llevarán á la primera magistratura para beneficio de la República y como fiel guardador de sus instituciones.

Examinemos también el plan de gobierno que nuestros adversarios presentan á la consideración del país, sus vistas sobre los importantes problemas que nos interesan, en una palabra, el programa á desarrollar en la presidencia. Pero, perdonadme que me rectifique; estamos libres de este arduo trabajo; no existe

programa de gobierno: Para los adversarios las declaraciones de los candidatos son unas veces promesas pomposas difíciles de cumplir, otras veces se abstienen de formularlas, porque la situación del país no es propicia para recibir el compromiso que comportan, y reservan sus ideales de gobierno para tiempos más felices. Válgame la digresión para terminar este punto por falta de materia á analizar, y á vosotros para reducir en el tiempo la benévola atención que me prestáis.

Tampoco se han ocupado de refutar, corregir ó si se quiere aplaudir el programa bajo cuyos principios sagrados para él aceptó el doctor Sáenz Peña la candidatura que le ofrecían sus partidarios. Parece lógico que así suceda, desde que no creen en la palabra que empeñan los hombres de honor. Pero nosotros sí creemos en los compromisos que ha contraído con el país el doctor Sáenz Peña, porque conocemos al caballero cumplido, que tiene por blasones á la lealtad y á la consecuencia, y cuyos labios nunca empañó la negra mentira.

No tienen programa de gobierno, no han hecho conocer del pueblo las ideas y principios que aplicarían una vez llegado el candidato á la alta magistratura; no sabemos como piensan en el orden político y económico; ignoramos lo que harían en materia internacional. Lo único que han dicho y repetido, adornado con toda la gama de los epítetos, es que la candida-

tura del doctor Sáenz Peña es oficial y que por eso la combaten. Es decir, una acción negativa, encaminada á destruir, sin presentar los elementos de la necesaria reconstrucción.

Pero consideremos por breves instantes esto de oficialismo de la candidatura. Ya la bien cortada pluma de Groussac se anticipó al argumento y lo analizó con profunda erudición á la luz de los antecedentes históricos y políticos del país, para reducirlo á su propia significación lógica. Examinado de otro punto de vista, procede hacer una distinción.

Si los adversarios entienden por oficialismo de la candidatura la circunstancia de que la mayoría de los hombres que desempeñan las funciones de gobierno simpatizan con ella y la prestigian individualmente, nada tenemos que observar. Se trata de un hecho natural, que á nadie perjudica y que nadie puede reprochar. No les está vedado á los hombres que ocupan el gobierno tener opiniones, alimentar simpatías, cultivar amistades y en definitiva manifestar preferencias por uno de los candidatos.

El actual presidente de los Estados Unidos colaboró en el gobierno del ex presidente Roosevelt, hasta muy poco tiempo antes de la proclamación de su candidatura, y el mismo Roosevelt depositó en el comicio su voto por el candidato y amigo. No se han resentido las instituciones de la gran república por este hecho esencialmente humano y digno de una democracia,

ni las naciones civilizadas se han escandalizado ni augurado una tiranía en los Estados Unidos.

Si al hablar de oficialismo quieren expresar que las fuerzas morales y materiales del gobierno y los resortes administrativos hacen presión sobre el pueblo, imponiendo por la fuerza y la coacción la candidatura del doctor Sáenz Peña, apresurémonos á rectificar y ofrecerles la prueba de su error en la demostración que surge de su propia actitud y procedimientos. ¿Qué coacción oficial es ésta que les permite realizar sin cortapisas los actos previos á la elección, congregarse todos los días en parajes públicos y desarrollar su propaganda política en lenguaje sin frenos, sin reticencias ni simbolismos? ¿Qué presión es esa que en Córdoba á raíz de decretarse la intervención, los deja en entera libertad para celebrar conferencias públicas, instalar comités y en general manifestar sus ideas y propósitos políticos, sin que ningún empleado policial pretenda molestarlos en lo más mínimo? ¿Que en Tucumán y La Rioja no les impide organizarse?

Y no sigo analizando las actitudes de los gobiernos en las otras provincias, por la sencilla razón de que no tengo conocimiento de que hayan dado señales de vida en ellas. Circunstancia feliz que los libra de los desmanes oficiales.

En cambio, puedo afirmar que este oficialismo enfermizo y destructor, este virus maléfico que introdu-

ce gérmenes de muerte cívica á la candidatura del doctor Sáenz Peña, ha producido el raro efecto de que en todas las provincias, los gobiernos y las oposiciones, los opresores y los oprimidos, sean correligionarios, pospongan sus querellas y cuestiones locales para proclamar reunidos, futuro presidente, á este hombre que no puede serlo porque es oficialista.

En Corrientes, la víctima más llorada de los despotismos, el partido liberal, se apresta á votar conjuntamente con el autonomista, la candidatura Sáenz Peña. En Salta, Entre Ríos, Tucumán, Córdoba, San Juan, San Luis, Santa Fe, los ciudadanos deponen sus rencillas caseras para declarar que el doctor Sáenz Peña es el hombre preparado para regir los destinos del país. Y ocurre entonces preguntar, señores: ¿será impuesto un presidente cuya descollante personalidad tiene el poder pocas veces encontrado de satisfacer las aspiraciones de miles de hombres separados por las pasiones, los intereses y los móviles que inspiran las acciones humanas?

No, pues, no permitamos que se mistifique á la opinión pública; no consintamos en que estos cruzados, revestidos á veces con luengas barbas, asumiendo siempre el papel de apóstoles, perturben la acción reposada del pueblo con declamaciones demagógicas y aposturas de redentor. Opongamos á su propaganda revolucionaria la aplastadora realidad de los hechos, y probémosle el día del comicio que los hemos derrotado, porque somos la mayoría.

Este sistema de pregonar la coacción anticipada, la presión oficial y las imposiciones del poder público, no es nuevo en los anales de nuestra historia política. Especie de coartada para evitar las responsabilidades de la derrota, sirvió más de una vez para lanzar los partidos al terreno de la violencia y de las rebeliones, sin otro resultado que el de vigorizar un sistema político que ha imperado durante veinte años y retardado el progreso moral del país é impedido el juego regular de sus instituciones.

Otra característica de la acción de nuestros adversarios es el monopolio que se han decretado para ellos mismos de todas las virtudes cívicas. Ellos son los hombres de principios, nosotros los conculcadores de las libertades públicas. Ellos los patricios y liberales, nosotros los antipatriotas y déspotas. En fin, señores, estamos en presencia de un trust que se ha acaparado las cualidades del ciudadano de un país libre, y sólo nos ha dejado para nuestro uso particular las modestas virtudes del padre Astete.

Pero no importa: sigamos la campaña con el entusiasmo y energía que nos despierta la causa, seguros de un triunfo que nadie nos puede quitar, y con la seguridad incommovible de que llevaremos á la presidencia un hombre á quien sus enemigos políticos sólo le han podido decir que fué quince días ministro del doctor Juárez, y que siéndolo no se quedara en su casa el día de la revolución.

Nosotros agregaremos, para completar el retrato, que ese mismo hombre renunció una vez su candidatura á la presidencia, cuando su elección estaba asegurada; que por dos veces declinó altas posiciones electivas, y, finalmente, que ha pasado los mejores veinte años de su vida alejado de las alturas políticas, porque nunca su altivez ciudadana le permitió transar con los poderosos ni prestarles sus servicios.

Eso es carácter y carácter es lo que necesitamos en el gobierno.

DISCURSO DEL DOCTOR TOMÁS E. DE ANCHORENA

Conciudadanos:

La Unión Nacional ha iniciado estas reuniones políticas para proclamar su fórmula presidencial y ante esta asamblea de la sección 20.^a de la Metrópoli me es grato pronunciar los nombres de sus candidatos, — los doctores Roque Sáenz Peña y Victorino de la Plaza, — designados respectivamente para ejercer las funciones de Presidente y Vicepresidente de la República en el próximo período constitucional.

Llega esta proclamación en momentos propicios y solemnes para las resoluciones del patriotismo ar-

gentino, que anhela sobre todas las cosas, como exacta expresión de su conciencia ciudadana y como real corolario de una democracia orgánica, el triunfo de la Constitución, que exige la idoneidad, como condición *sine qua non*, para desempeñar las altas funciones del gobierno.

Nuestros candidatos son considerados idóneos por la mayoría pública eficiente de la Capital y de las Provincias, por los partidos políticos que actúan en el gobierno y en la oposición, dentro de las autonomías y tendrían el beneplácito de nuestros adversarios si las pasiones, los rencores y los enojos pudieran inmolarse, dejando sanos y puros, el corazón y la mente del patriota, ante el altar simbólico de la patria republicana.

Dentro del vasto escenario de la Nación, ha tenido la Unión Nacional, iniciada por un grupo de ciudadanos independientes, en el ejercicio de sus derechos primarios, la suerte, la rara suerte, de haber lanzado primero el nombre del doctor Roque Sáenz Peña como candidato para la próxima presidencia de la República, y más tarde, el del doctor Victorino de la Plaza, para la vicepresidencia;— y que hayan resultado los preferidos del litoral y del interior, en el armónico consorcio, de lo que ha dado en denominarse oficialismo y lo que se entiende por oposiciones, que importa en definitiva, cuando se trata de las más altas investiduras nacionales, contar con la adhesión y concurso de pueblos y gobiernos.

En tales circunstancias nuestros adversarios políticos, no resueltos por el momento á presentar una fórmula íntegra, y olvidando, lo que no debiera olvidarse jamás en estas justas democráticas, — la sinceridad patriótica — se han lanzado en una campaña, que reputarán habilísima y de alta estrategia, pero que no cuadra con los antecedentes de nobleza é hidalguía que informan los procedimientos de las antiguas é históricas agrupaciones partidistas argentinas.

La Unión Nacional desea mantener bien alta la cultura del debate político, recordando siempre la conducta de nuestro candidato, que al llegar á la patria, y al aspirar su primer ambiente, quiso saludar á los adversarios, rindiendo pleito homenaje á su patriotismo, convencido de que, siendo todos argentinos, no debemos desgarrarnos, sino considerarnos con recíproco respeto, á través de disidencias, que son un derecho y de hechos que son esperanzas.

Desgraciadamente, los diarios y los discursos de la oposición hacen oídos de mercader á estos llamados caballerescos y quién sabe si no está próximo el momento en que, agotadas todas las gentilezas y malgrado todas las demostraciones y pruebas, persistiendo en su incomprensible afán de manosearlo todo, nos sintamos obligados á bajar la puntería y, cargando de frente, tengamos que estudiar la situación que nos presentan con sus hombres dirigentes; é indagando su pasado para rastrear mejor su actualidad, llegue-

mos á la demostración matemática de que ellos son los causantes políticos de todos los errores que discuten, y los menos autorizados para dar lecciones de cualquier género en materia de conducta partidista y electoral, pues nunca fueron capaces de nada grande y nacional, conforme á las históricas tradiciones del carácter político argentino.

Oportunamente observó el doctor Sáenz Peña que para no pocos espíritus apasionados, opinión es voz sinónima de oposición, y no la ubican jamás en las agrupaciones gobernantes, para precisar que nunca sería ese su criterio como hombre de gobierno, pues buscaría las fuerzas vivas de la opinión nacional en todas las unidades pensantes que coincidan en propósitos de recta administración y de mejoramiento institucional, entendiendo por gobierno de opinión el que llega á realizar sin exclusiones la mayor condensación de voluntades.

El oficialismo que á guisa de látigo emplea la oposición para fustigar á la Unión Nacional, es un verdadero caso de monomanía política, porque el oficialismo, ó más propiamente dicho, el funcionarismo, siendo un hecho universal emergente de todo organismo políticamente constituido, es así anterior á la Unión Nacional y á la actual Presidencia de la República, y entonces es inútil querer borrarlo de la existencia de los pueblos, é imposible suprimir su acción de presencia en las luchas democráticas.

Es cierto que el oficialismo de hoy no es el de ayer, ó el de hace 10 años; es cierto que ha sido modificado por procedimientos que son discutidos, más por la forma en que fueron encaminados, que por la razón de fondo que los informó, pues es público y notorio que todos esos cambios y modificaciones del oficialismo antiguo han hecho imposible tan sólo la continuidad de un sistema, que combatió la misma actual oposición, que para ser consecuente con su pasado, debería encontrarlo, si no mejor, equivalente al anterior.

La Unión Nacional, — me repito, — ha tenido la suerte inmensa de que sus candidatos, espontáneamente elegidos por sus iniciadores, resulten personas gratas á las agrupaciones gobernantes y á las mismas oposiciones provinciales. ¿Qué cargo puede formularse con sinceridad contra una agrupación política que presenta al país dos ciudadanos distinguidos é idóneos que obtienen la aceptación general de pueblos y gobiernos? Ninguno; y por eso llega el momento de decir que en nuestro país todas las oposiciones, desde que yo tengo razón y memoria, han cultivado al oficialismo, aunque prefiriesen á sus congéneres, debiendo hacer una sola salvedad, á la que obliga mi carácter y mi conciencia, en obsequio del Partido Radical, que jamás aceptó una parte de gobierno, pues aspiró y aspira á ejercerlo íntegramente.

Es menester entonces no incomodarse todavía de-

masiado con tales vulgaridades, y dejarlos que se despachen como puedan, ya que no saben hacerlo de otro modo. No hay motivo para impresionarse con una prédica que en breve alcanzará los límites de lo ridículo habiendo ya salvado los bordes de lo inverosímil, viniendo de donde viene. — Pronto se sabrá hasta qué extremo llevan su impertinencia y mal gusto estos neoredentores de pueblos, que llevan estampada en el alma la imagen que acarician, el santo *sui generis* del antiguo oficialismo.

Han de golpear sin éxito á las puertas de los patriotas sinceros y tranquilos, y se quedarán con el lote de los amigos de causa, — que debieron acatar resoluciones inesperadas y con el concurso perfectamente explicable, — de los que no quieren y de los que no pueden comprender la estirpe intelectual y moral de nuestros candidatos.

La revolución, si la hacen, la harán sin el pueblo, y espero no podrán hacerla, lo que deseo, pues siento formal respeto por las altas instituciones de mi país. A este pueblo, por más que hagan no le harán jamás comprender que nuestra fórmula no representa el bienestar para el futuro y la más grata sorpresa en el momento actual.

Y si realmente quieren esta vez organizar un verdadero partido de principios; aunque sea con programa sintético, ya que el analítico no lo merece por el momento el país, de acuerdo con su conciencia de

grandes y notorios ciudadanos lanzados en el tren de extraordinarios y providenciales estadistas, nadie los ayuda con más eficacia que la Unión Nacional, pues sacando triunfante del comicio al que concurrirá la mayoría pensante del país, representada por pueblos y gobiernos, — á los doctores Roque Sáenz Peña y de la Plaza — habrá hecho imposibles los gobiernos capaces de ofrecer una media palabra, — como en otrora — destinada á deshacer los partidos populares y á convertirlos en comparsas políticas sin credo ni bandera.

Adelante, pues, sin dudas, sin preocupaciones y sin ofensas; con la plena seguridad de la independencia de nuestra aspiración, — con la firme convicción de la rectitud de nuestros procedimientos — y en breve asistiremos al triunfo indiscutible de nuestros candidatos, afianzando la gloria de nuestra inmortal democracia.

He dicho.
